MVRGETANA. ISSN: 0213-0939. Número 125, Año LXII, 2011. Págs. 273-284.

DOS ARTÍCULOS OLVIDADOS DE MARIANO BAQUERO GOYANES SOBRE VICENTE ALEIXANDRE

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Universidad de Murcia

Resumen:

Se da a conocer en este trabajo dos reseñas que Mariano Baquero Goyanes publicó en 1954 y 1955, en la revista madrileña *Clavileño*, sobre dos libros de Vicente Aleixandre.

Palabras clave: Vicente Aleixandre, Mariano Baquero Goyanes, poesía española del siglo XX, poesía social, revista *Clavileño*, revista *Monteagudo*.

Abstract:

Two reviews on books by Vicente Aleixandre, published by Mariano Baquero Goyanes in 1954 and 1955 in the magazine from Madrid *Clavileño*, are made known in this paper.

Key words: Vicente Aleixandre, Mariano Baquero Goyanes, Spanish poetry of the 20th century, social poetry, *Clavileño* magazine, *Monteagudo* magazine.

En los diferentes lugares en los que Mariano Baquero Goyanes daba cuenta de sus publicaciones solía incluir una relación de sus artículos publicados en revistas y en homenajes, pero nunca lo hizo con los artículos que podemos encuadrar en el concepto de «reseña», a pesar de las muchas que llevó a cabo a lo largo de su vida, tanto en la prensa diaria (algunas de ellas han sido recogidas en un interesante volumen titulado *Variaciones sobre un mismo tema. Artículos de prensa*), [1] como en algunas revistas, entre ellas la revista *Clavileño*, que publicó en Madrid entre 1950 y 1957 la Asociación Internacional de Hispanismo, revista a la que José Carlos Mainer dedicó un estudio al que remitimos. [2]

En ella, Mariano Baquero dio a conocer algunas reseñas, que, como siempre, en esta labor como en otras muchas, destacan por su acierto y sobre todo por la calidad de sus comentarios nutridos, desde luego, de una especial sabiduría literaria. Como tuvimos ocasión de señalar cuando apareció el libro *Variaciones sobre un mismo tema*, al que nos hemos referido, «la prensa madrileña (y de otras ciudades) de aquellos años tuvieron la suerte de contar con un articulista ameno, ingenioso, sabio y dinámico, con excelentes capacidades para divulgar los terrenos que dominaba, para hacer fácil lo complejo, y ameno y entretenido lo que era sabiduría literaria e, incluso, modernísima erudición. Y todo este caudal permanecía olvidado en las páginas de aquellos periódicos de hace cincuenta años». [3]

En esta ocasión rescatamos de las hemerotecas dos artículos de este tipo por las singulares, por no decir insólitas, características que reúnen ambos. En primer lugar porque tratan de dos libros poéticos. Tenemos ocasión, entonces, de descubrir a Baquero Goyanes como lector de poesía de muy reciente publicación y comprobar la categoría de sus comentarios en un terreno que no era el suyo habitual. Otras circunstancias son también destacables: la extrema juventud de nuestro comentarista, que apenas había cumplido los treinta años, la inmediatez de sus comentarios por referirse a libros recién aparecidos, algo obligado, por otra parte, en el género reseña, y sobre todo, tratarse de quien se trata el autor comentado, nada menos que nuestro Premio Nobel de 1977 Vicente Aleixandre, en cuyas bibliografías jamás se citan estas dos magníficas reseñas.

Pero hay una razón más: Baquero Goyanes registra la publicación de dos libros del poeta, y uno de ellos, el segundo, es nada menos que *Historia del corazón*, que supuso en la obra de Aleixandre una reconversión de su mundo poético, al

[1] Mariano Baquero Goyanes, *Variaciones sobre un mismo tema. Artículos de prensa*, prólogo de Antonio García Berrio, edición de Abraham Esteve y Francisco Vicente, Murcia, Universidad de Murcia, 2006.

[2] José Carlos Mainer, «*Clavileño* (1950-1957) Cultura de Estado bajo el franquismo», *Bulletin Hispanique*, 104, 2, 2002, págs. 941-964.

[3] Francisco Javier Díez de Revenga, «Regreso de Mariano Baquero Goyanes», *La Opinión,* Murcia, 2 de junio de 2006.

mismo tiempo que el volumen se convertiría, con los años, en una obra maestra y uno de los poemarios más significativos de los años cincuenta y de toda la Posguerra española. *Historia del corazón* ha pasado a la historia además como un hito en relación con la poesía social que comenzaba a extenderse en la década de los cincuenta. Y por si fuera todo esto poco, el libro es valorado como uno de los poemarios más valientes e interesantes de toda la poesía española del siglo XX.

Merecen una lectura detenida estas dos reseñas y sobre todo es estimulante advertir cuántos aciertos contienen, afirmaciones que se han convertido en juicios permanentes para la historia literaria. Así puede considerarse la siguiente glosa sobre *Historia del corazón*, escrita nada más publicarse el libro y formulada como una observación personal: «la última obra de Aleixandre es no sólo la más cargada de emoción, de ternura de todas las suyas, sino también uno de los libros de la actual poesía española más rico en esas apuntadas calidades, más densamente cordial, estremecidamente humano». O esta otra, también sobre el poemario de 1954, al que considera «un libro unitario y compacto, una obra madura e impar, por la prodigiosa aleación que en ella se percibe de serenidad y de pasión, de emocionado sentimiento y siempre sostenida, pura y auténtica expresión poética».

Y no son menos sugerentes las observaciones de Baquero en torno a la relación de esta poesía rehumanizada de Aleixandre con su condición de «historia», con los componentes de narración o de relato de una vida que tal concepto implica, aunque se apresura a destacar que no por eso deja el libro de contener el indudable acento lírico: «lo poético parece desleírse en lo narrativo, en lo anecdótico, pero, sin embargo, salir intacto, pura y ceñidamente lírico de ese su paso por la que es narración, historia, realismo». Podría pensarse que Baquero está alabando los aspectos menos poéticos (y más «narrativos») de un libro que sorprendió justamente por su carácter realista y aun social, pero lo cierto es que todo el artículo está dedicado, desde el principio hasta el final, a mostrar detalladamente lo poético de esa representación de la vida y de la existencia que el libro indudablemente contiene, con sus objetos, con sus cosas, con sus seres.

Y, desde luego, es acertadísimo y pionero en señalar algo que la crítica posterior, y el propio Vicente Aleixandre [4] afirmarían de toda la poesía de nuestro Premio Nobel: que el poeta cuando habla de sí mismo habla también del mundo. Baquero Goyanes lo destaca con claridad: «El poeta hace historia de su corazón pero sin prescindir de su contorno, apoyándose en él, uniéndole a su latir por el hilo de la mirada». Así lo había dejado escrito Vicente Aleixandre en una carta de 1939 a José Luis Cano, que se conocería muchos años después, en 1986: «Mi fe en la poesía es

[4] Francisco Javier Díez de Revenga, «"Hablo de mí, pero hablo del mundo": Vicente Aleixandre en su paraíso», *FGL Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 23, 1998, págs. 48-49; y en *La poesía de Vicente Aleixandre. Testimonio y conciencia*, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1999, pág. 108.

mi fe en mi identificación con algo que desborda mis límites aparenciales, destruyéndome y aniquilándome en el más hermoso acto de amor, y cuando yo canto, hablo de mí, pero hablo del mundo, de lo que él me dicta, porque eso es la inspiración: hervor en el reducido recinto del corazón de fuerzas innumerables, concentradas finalmente con una sola espada atravesando de dentro a fuera el pecho del inspirado.»[5] En 1956, Aleixandre afirmaba también, en relación con la nueva etapa que abría el libro de 1954: «En la segunda parte de mi labor –*Historia del corazón*, hasta ahora– yo he visto al poeta como expresión de la difícil vida humana, de su quehacer valiente y doloroso. Y su voz... O viene desde su solidario corazón extendido, confortado por el amor, o se recoge desde el conjunto de los demás, de los que su vida es simbólica representación afluente».[6]

Hay que atender también a los aciertos del artículo dedicado a *Nacimiento último*, que como es sabido Vicente Aleixandre consideraba como «la única obra mía que no forma un organismo cerrado. A la primera parte, la más extensa, que sí es un cuerpo orgánico y que da su título al volumen, siguen "Retratos y Dedicatorias", homenajes y semblanzas en verso escritas por mí en el curso de los años, y algunas breves series más.» [7] Tales aspectos son muy tenidos en cuenta por Baquero, quien prefiere, en esta ocasión, atender más a lo decididamente humano que este libro contiene en su parte más orgánica (*Nacimiento último*) y en la que el crítico advierte «carencia de énfasis», que se pone de relieve en la «emocionante sinceridad, el desnudo patetismo de la primera parte del libro». Todo en su conjunto formando parte de la nueva poesía de Aleixandre caracterizada «por su densidad cordial, su acento intensamente humano, delicadamente emotivo». Y hay también que reparar en la premonición final, que el crítico hace, consciente de que este libro no es la obra maestra que se aguarda de Aleixandre, y que aparecerá al año siguiente al publicarse *Historia del corazón*, por lo que cierra la reseña afirmando prudentemente que el libro, dentro de la obra total del poeta, «ocupará siempre un puesto importante», aunque lo matiza en las palabras finales: «lo que es tanto como decir un puesto decisivo en la lírica contemporánea española».

Es esta ocasión para no dejar de hacer mención a la relación que existió, en aquellos años, entre Aleixandre y Baquero Goyanes, quien recordaba haber paseado con él por el paseo marítimo de Gijón en alguno de aquellos veranos con ocasión de una visita del poeta a la bella capital asturiana. Y de aquella oportunidad surgió una invitación a publicar un poema y queda un documento que alguna vez se ha citado. La revista *Monteagudo* de la Universidad de Murcia, que dirigía Baquero, incluyó en su número 7, de 1954, un poema de Aleixandre, muy de aque-

[5] Vicente Aleixandre, *Epistolario,* selección, prólogo y notas de José Luis Cano, Madrid, Alianza, 1986, pág. 19.

[6] Vicente Aleixandre, *Mis mejores poemas*, Madrid, Gredos, 1956, pág. 8.

[7] Vicente Aleixandre, *Mis mejores poemas*, pág. 153.

llos años, titulado «Absorbido» y publicado con el subtítulo de «Poema inédito» entre paréntesis.

Para que se advierta que la composición está en la línea de la poesía de estos años, tan elogiada por Baquero, lo reproducimos completo, aunque, por supuesto, está recogido en las ediciones de las poesía completas de nuestro Premio Nobel, donde no se indica que estos versos fueron dados a conocer en Murcia y en la revista antes señalada: [8]

Es más, es mucho más
que eso, y es menos,
esto que tengo
esta tarde de otoño dorado,
sereno.
Polo cercano de mi vida,
sujeto dormir opreso
en ti,
en el violento
estar vuelto
hacia ti, criatura absorbente
que ciego
me tienes,
en el hondísimo silencio.

Un estar quieto,
quietísimo.
A veces pienso:
¿Es la vida sólo esto?
¿Este vivir
tan cierto,
este vivir
concreto,
encerrado,
quedado,
suspenso?
Aquí rodeando tu talle,
aquí respirando el secreto
vivir. Aquí, rostro con rostro,
cuerpo con cuerpo,
alma con alma.

[8] Vicente Aleixandre, *Poesías completas*, edición de Alejandro Duque Amusco, Madrid, Visor, 2001, págs. 1264-1265. Está incluido en *Poemas varios I.*

Aquí quieto,
fijado, clavado,
aquí...

No sé. Tiemblo
cuando con mano despacio, despacísimo,
más lento,
repaso tu preciso vivir
y toco cierto
la frente,
tu hueso,
tu labio,
tu pelo,
y cierro los ojos y respiro
el solo olor suelto.

¿Se puede estar siempre
respirando una rosa? Me creo
encerrado y dichoso, con solo ese pétalo:
el vivir.
Me tiento,
te tiento,
te estrujo, te someto,
te revuelvo.
Oh vida
sin cielo.
Oh vida en la bóveda,
oliendo,
respirando.
sintiendo
el viaje lentísimo de la sangre adensada, cargada
de ciego
perfume, de incienso
de amor, de pesado
latir casi muerto...

Quizá uno de los rasgos que más pueda llamar la atención de este poema, además de esa sucesión de versos de muy pocas sílabas ajustados a una sola palabra o a dos, sea la presencia muy notable de los superlativos, que ya analizó como rasgo muy aleixandrino Carlos Bousoño y que relacionó con el carácter panaerótico y apasionado de su poesía y a la visón de macroscópicas inmensidades, mientras ase-

guraba que en los libros de Aleixandre «podrían hallarse diez veces más adjetivos de esta clase, proporcionalmente, que en otro poeta cualquiera.» [9]

En un trabajo anterior, comentando este poema, ya indiqué que «son los superlativos los que intensifican, como tantas veces en su poesía, la fuerza de su palabra; «hondísimo silencio», «un estar quieto, quietísimo», «cuando con mano despacio, despacísimo»... Son versos en los que Vicente Aleixandre ha integrado su constante función renovadora de la palabra poética española, dando a esos superlativos –de origen místico– el valor de una nueva realidad: «sintiendo el viaje lentísimo de la sangre adensada».[10] Pues bien, presentes tenía aún estos superlativos Mariano Baquero Goyanes, en 1977, cuando comentando la poesía de Francisco Cano Pato, advirtió: «la vinculación de Cano Pato a los poetas del 27 se traduce, estilísticamente, en algún rasgo tan significativo como el gusto por los superlativos cultos en -ísimo. A los poetas del 27 –entre ellos, Vicente Aleixandre– se debió ese que pudiéramos llamar rescate literario de unas formas no muy acreditadas poéticamente y que parecían propias de ciertos devocionarios decimonónicos. Cuando en la poesía de Cano Pato encontramos expresiones como "y contorno purísimo tu frente"; "donde en el vuelo muestra suavísima la pluma"; "de esas almas purísimas, de espuma"; "suavísimo recinto de aromados temblores", etc., percibimos, con claridad, la profunda relación que tal poesía presenta con la de los citados poetas del 27». [11] Y es muy cierto que este poema, con sus superlativos, es una muy buena representación del Aleixandre de los años cincuenta, entroncable con los libros comentados por Baquero Goyanes.[12]

APÉNDICE

I

Vicente Aleixandre: *Nacimiento último*. Ed. Ínsula. Madrid. 1953.

Si un poema de Vicente Aleixandre o una página suya en prosa –esa tan bellísima, personal prosa– suelen, cuando aparecen en una revista, centrar imantadamente el interés del lector, sobra advertir que cuando lo publicado es un libro, éste se convierte en acontecimiento de excepción dentro del ámbito de las letras hispánicas.

[9] Carlos Bousoño, *La poesía de Vicente Aleixandre,* Madrid, Gredos, 2ª edición, 1968, pág. 355.

[10] Francisco Javier Díez de Revenga, «Vicente Aleixandre y Murcia. Notas a un epistolario generacional», *Murgetana*, 100, 1999, págs. 42-43; y en *La poesía de Vicente Aleixandre. Testimonio y conciencia*, pág. 53.

[11] Francisco Cano Paro, *La palabra encendida (Poesías completas),* edición e introducción de Mariano Baquero Goyanes, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1976, págs. 25-26.

[12] Agradezco a Ana y a Mariano Baquero Escudero su permiso para reproducir los dos artículos.

Como el propio poeta explica en la nota editorial que precede a *Nacimiento último*, los poemas que lo componen pueden fijarse –salvo excepciones– entre la terminación de *Sombra del paraíso* –cuya primera edición es de 1944– y la próxima *Historia del corazón*, inédita aún.

Nacimiento último consta de una primera parte –la que le da título–, integrada por trece poemas, a los que siguen una recopilación de *Retratos y dedicatorias*, de diferentes fechas; tres poemas independientes –«La cogida», «Elegía» y «Al sueño»–; una nueva serie de *Cinco poemas paradisíacos* y un poema en prosa, «El poeta niño». La unidad del libro –como el autor dice– es, ante todo, «unidad de poeta».

Es decir, que en tanto que *La destrucción o el amor* y *Sombra del paraíso* se caracterizan por la compacidad de sus temas, este libro de hoy recoge diferentes expresiones poéticas, caracterizadas todas, sin embargo, por un algo unitario, perceptible no sólo en rasgos estilísticos, sino, sobre todo, en ese último denominador común de toda la poesía de Aleixandre: su densidad cordial, su acento intensamente humano, delicadamente emotivo.

Que Aleixandre no se ha tenido nunca por poeta minoritario o hermético y que, con su obra, ha aspirado siempre a llegar a los más, no es ningún secreto, ya que el propio poeta lo ha confesado así en repetidas ocasiones. Por eso resulta admirable, en tal actitud, lo que alguna vez he llamado fidelidad a la poesía de Vicente Aleixandre. En ella, en esa fidelidad, radica la pureza lírica de su obra, el tono de su prosa, el haber evitado siempre toda concesión y todo ademán enfático en tema y expresiones.

La carencia de énfasis se advierte en la emocionante serenidad, el desnudo patetismo de la primera parte del libro *Nacimiento último*, «muerte, es decir, en la visión del poeta, nacimiento definitivo a la tierra unitaria».

Aparece, pues, en esos trece poemas el tema de la muerte cantado con una voz nueva en la tradición poética castellana y enlazable, dentro de la obra de Aleixandre, con ciertas páginas de *La destrucción o el amor*. Una confrontación nos permitiría, tal vez, observar que si bien el verso de Aleixandre no ha perdido pasión de uno a otro libro, es evidente que en *Nacimiento último* el conflicto, la actitud del hombre frente a la muerte, han encarnado en una expresión más serena, la hondamente melancólica del epitafio final:

> Nunca el rumor de un río aquí se escuche.
> En la profunda tierra el muerto vive
> como absoluta tierra.
> Pasa, humano:
> no sonarán tus pasos en un pecho.

Aun así, el ardor, la vibración pasional de *La destrucción o el amor* parecen prolongarse en el beso inacabable de «Los amantes enterrados»:

> Aun tengo
> aquí mis labios sobre los tuyos. Muerta,
> acabada, ¡acábate!

¡Oh libertad! Aquí oscuramente apretados,
bajo la tierra, revueltos con las densas raíces,
vivimos, sobrevivimos, muertos, ahogados, nunca libres.

En los poemas, agrupados bajo el título general de *Retratos y dedicatorias*, vemos al Vicente Aleixandre, gran amigo, cordial, profundamente humano, dispuesto siempre al generoso diálogo, a la comunicación amistosa, hecha aquí poesía. ¡Qué gran belleza y qué profunda emoción en los versos escritos «En la muerte de Pedro Salinas»! ¡Qué delicada gracia en los hexasílabos de «A Gabriela Mistral»! Dos antiguos sonetos: «A Fray Luis de León» y «A don Luis de Góngora» abren esta sección del libro, y en ellos es de admirar, junto a su extraordinaria perfección formal, la capacidad del poeta para, en tan pocos versos, concentrar las esencias del poeta castellano y del cordobés, no por un procedimiento mimético y de vocabulario, sino de una manera más bella y misteriosa. Una rara alquimia que nos da, de esos dos poetas, de sus obras, algo así como su más íntima música o el último y decisivo límite de su aire y figura.

Un gran encanto tiene, asimismo, el poema en endecasílabos «Las barandas», compuesto en «Homenaje a Julio Herrera y Reissig, poeta "modernista"». Es otra quintaesencia, irónica y delicada, del modernismo, de sus temas, de su vocabulario, realizada de una manera tal que excluye todo peligro de parodia o de humorístico *pastiche*, para, por el contrario, quedarse –en una recreación depuradora y amable– con lo más ceñidamente lírico de una manera poética.

Los tres poemas exentos que siguen a los *Retratos y dedicatorias* son también de una gran belleza. En «La cogida (Plaza de Toros)», el lance trágico está en la línea del amor-destrucción: la cogida como beso, fusión amorosa.

En los *Cinco poemas paradisíacos* se percibe la misma luminosidad mágica, la pánica ternura, la exaltación amorosa –¡esos espléndidos alejandrinos de «Los besos»!–, el aura toda de *Sombra del paraíso*, uno de los libros capitales de la poesía española de todos los tiempos.

Finalmente, en «El poeta niño» Aleixandre vuelve a utilizar –como en el libro *Pasión en la tierra*– la prosa para un tema de una enorme emoción y de un profundo significado dentro de la totalidad de su obra.

En ella, *Nacimiento último* ocupará siempre un puesto importante, lo que es tanto como decir un puesto decisivo en la lírica contemporánea española.

M. BAQUERO GOYANES

II

Vicente Aleixandre: *Historia del corazón.* Ed. Espasa-Calpe. Madrid. 1954.

Vicente Aleixandre acaba de publicar el –quizá– más esperado de sus libros; esta *Historia del corazón*, que nos da ya, en su solo título, la medida de lo que el autor ha querido poner en ella. Lo poético parece desleírse en lo narrativo, en lo anecdótico, pero, sin

embargo, salir intacto, pura y ceñidamente lírico de ese su paso por la que es narración, historia, realismo.

Personalmente considero que la última obra de Aleixandre es no sólo la más cargada de emoción, de ternura de todas las suyas, sino también uno de los libros de la actual poesía española más rico en esas apuntadas calidades, más densamente cordial, estremecidamente humano.

Esta obra bastaría para anular la antinomia emoción *humana-pureza lírica* que ha venido siendo objeto de polémica –unas veces de manera satírica: otras, pretenciosamente trascendental– en las letras españolas de los últimos años. De todos los posibles neorromanticismos que en nuestros días hayan podido ir surgiendo, convencional o espontáneamente, creo que el más adecuado a nuestro tiempo, a nuestra sensibilidad es este –de poder ser llamado neorromanticismo–, encarnado en el reciente libro de Aleixandre. Si empleo tan huidiza y poco eufónica denominación –neorromanticisrno–, no es porque la crea totalmente apropiada, sino porque, dentro de su imprecisión e incluso de su no idoneidad, entraña ciertas resonancias –emotividad, apasionamiento transmisibles a todos los lectores, por todos captable– que podrían servir para entender mejor lo que significa *Historia del corazón*.

Los que, por su posición en la obra, vienen a ser casi libros centrales –el II, *La mirada extendida*, y el III *La realidad*–, nos ofrecen la vinculación del poeta con los seres y las cosas, su querer fundirse con todos los hombres –es el tema expresado en el poema «En la plaza»– y, en consecuencia, su deseo de aunar en su vida las de todos ellos. En «El poeta canta por todos», se lee:

> Un único corazón que te lleva.
> Abdica de tu propio dolor. Distiende tu propio corazón contraído.
> Un único corazón te recorre, un único latido sube a tus ojos,
> poderosamente invade tu cuerpo, levanta tu pecho, te hace agitar las manos
> cuando ahora avanzas.
> Y si te yergues un instante, si un instante levantas la voz,
> yo sé bien lo que cantas.
> Eso que desde todos los oscuros cuerpos casi infinitos se ha unido y
> relampagueado,
> que a través de cuerpos y almas se liberta de pronto en tu grito,
> es la voz de los que te llevan, la voz verdadera y alzada
> donde tú puedes escucharte, donde tú, con asombro, te reconoces.
> La voz que por tu garganta, desde todos los corazones esparcidos,
> se alza limpiamente en el aire…

Por cantar así el poeta –voz de todos–, es por lo que Aleixandre nos da, ahora, en ese II libro de *Historia del corazón*, estampas como la de los viejos que toman el sol «A la salida del pueblo», o la de su paso –El visitante– por la paz y el cotidiano afán de un hogar humilde, de una casa cualquiera.

El poeta no esquiva la realidad, sino que –por amor a los hombres, de los que es voz– la busca y la canta como realidad de las cosas y de los paisajes –esos bellísimos poemas «Tierra del mar», «En el bosquecillo», «En el jardín», en los que con los menos elementos posibles y el más sencillo y puro de los lenguajes, Aleixandre ha levantado inolvidables mundos de luces, colores y aromas–, y como realidad también del existir, del alma, cantada aquí con ternura y apasionado acento de amante:

> Para sentir contra mi pecho todos los brillos,
> contagiándose de ti,
> que, alma, como una niña sonríes
> cuando te digo «Alma mía…»

La distribución de los libros y poemas que componen *Historia del corazón* no puede ser más intencionadamente expresiva y armónica. Se abre el volumen con una primera parte, *Como el vilano*, en la que el poeta canta el amor como posesión y huida –esa «Mano entregada» que nos da su tibieza y caricia y nos rehúsa el hueso–, como unión y separación –esa piel que es caricia y frontera a la vez–, como llegada y despedida –«El último amor». Este primer libro se cierra con un extraordinario soneto –«Sombra final»–, en el que aparece el tema de la soledad, renovado en las últimas páginas, en el poema «Mirada final (Muerte y reconocimiento)». Pero esta última soledad –con la que concluye *Historia del corazón*– es una soledad nueva, nacida del amor, en la que si el hombre se sabe solo y es capaz de contemplar esa condición suya de solitario con los ojos abiertos, sabe, también, que en esos ojos suyos están los de otro ser, y son por tanto una mirada distinta:

> cuando con estos mismos ojos que son los tuyos,
> con los que mi alma contigo todo lo mira,
> contemple con tus pupilas, con las solas pupilas
> que siento bajo los párpados,
> en el fin el cielo piadosamente brillar.

En esta nueva soledad es en la que ha desembocado la *Historia del corazón*. Entre el tema amoroso tratado en el libro I. *Como el vilano*, y reiterado trágicamente, en el V, *Los términos*– con poemas tan expresivos como «No queremos morir», y «Entre dos oscuridades, un relámpago»–, aparecen dispuestos, en correlación simétrica, los libros II y IV, *La mirada extendida* y *La mirada infantil*, entre los cuales, enmarcado, sirve de libro central o eje, el III, *La realidad*.

Tan ordenada, simétrica estructura es la que da configuración de *Historia*, de relato a la última obra de Aleixandre. Su arranque está en el amor, en sus zozobras y dudas, en su belleza y en su trágica «Sombra final». El mundo de las cosas y de los seres es tratado también desde el acento cordial; visto una vez ese mundo en el presente –«La mirada extendida»–, y otra, a través de la evocación del pasado –el mágico, delicado mundo de «La mirada infantil», al que pertenecen páginas de tan nueva emoción en la lírica española como las de «Al colegio», «La clase» o «Una niña cruzaba»–. Entre esas dos miradas está el mundo de «La realidad». Como consecuencia de haber hecho el poeta la historia de su corazón, choca en el último libro con «Los términos», con la presencia de una angustia –«Difícil»,

«Comemos sombra», «Ante el espejo»– que, sin embargo, acaba por ser superada en una «Ascensión del vivir» que conduce a la »Mirada final» (Obsérvese la insistencia en el mirar.) El poeta hace historia de su corazón pero sin prescindir de su contorno, apoyándose en él, uniéndole a su latir por el hilo de la mirada.

Historia del corazón es un libro unitario y compacto, una obra madura e impar, por la prodigiosa aleación que en ella se percibe de serenidad y de pasión, de emocionado sentimiento y siempre sostenida, pura y auténtica expresión poética.

MARIANO BAQUERO GOYANES